

Acostada en su litera, con la mirada prendida en las sombras que se cernían sobre su cabeza, el apremiante ritmo de las ruedas persistía en su cerebro sumiéndola en círculos cada vez más profundos de desvelada lucidez. El coche cama había sucumbido al silencio nocturno. A través de los húmedos cristales de las ventanas contemplaba las luces fugaces, los largos jirones de presurosa oscuridad. De vez en cuando giraba la cabeza y miraba entre las rendijas de las cortinas de su marido, al otro lado del pasillo...

Se preguntó inquieta si necesitaría algo, si podría oírle si él la llamaba. Su voz se había debilitado mucho a lo largo de los últimos meses y le irritaba que ella no le oyese. Aquella irritabilidad, aquella creciente petulancia infantil, parecía ser la forma de expresión que había adoptado el sutil distanciamiento entre ambos. Seguían estando cerca, como dos rostros que se contemplasen mutuamente a través del panel de un cristal y casi pudieran tocarse. Y, sin embargo, eran incapaces de escuchar o sentir la presencia del otro: se había roto la conductividad entre ambos. Al menos ella era consciente de tal separación y, en ocasiones, también le parecía verla reflejada en la mirada con la que él compensaba sus menguantes palabras. Indudablemente la culpa era de ella. Su salud era demasiado infranqueable como para que hiciesen mella en su persona las irrelevancias de la enfermedad. La ternura culpable que ella le dispensaba no le impedía percibir la irracionalidad del otro. Tenía la vaga sensación de que había algún propósito en sus irreprimibles tiranías. Lo brusco del cambio la había cogido completamente desprevenida. Hacía apenas un año el pulso de ambos había latido a un vigoroso unísono. Los dos habían sentido una confianza pródiga en un futuro que se les antojaba inagotable. En cambio, ahora, sus respectivas energías no marchaban al mismo ritmo: la suya continuaba incitándola hacia el porvenir, vislumbrando territorios de esperanza y de actividad que aún estarían aguardándola, mientras que la de él había quedado rezagada, luchando en vano por alcanzarla.

Cuando contrajeron matrimonio, ella tenía muchas cosas sin vivir de las que quería resarcirse. Sus días habían estado tan vacíos como el aula de paredes encaladas en la que se esforzaba por inculcarles datos de escaso provecho a niños remisos a aprender. La llegada de él había interrumpido el marasmo de sus circunstancias, ensanchando el presente hasta convertirlo en recipiente de las más remotas posibilidades. Pero dicho horizonte se había angostado de modo imperceptible. La vida le guardaba rencor; nunca le sería permitido extender las alas.

Al principio, los médicos habían dicho que seis semanas de aire cálido bastarían para que él se recuperase del todo, pero, a su regreso, la certidumbre inicial fue matizada por la circunstancia de que también existieran inviernos en los climas secos. Así pues,

ambos renunciaron a su bonita casa, almacenaron los regalos de boda y el mobiliario nuevo y se marcharon a Colorado. Ella odió aquel lugar nada más verlo. Nadie la conocía y a nadie le importaba lo más mínimo; no había nadie que se maravillase del buen matrimonio que había hecho, nadie que envidiase sus vestidos nuevos ni las tarjetas de visita que ni ella misma había dejado de admirar aún. Y cada día iba a peor. Se sentía asediada por dificultades demasiado difusas para afrontarlas con su habitual temperamento directo. Todavía quería a su marido, por supuesto, pero gradualmente y de un modo impreciso éste había empezado a dejar de ser él. El hombre con el que se había casado era fuerte, activo, delicadamente dominante... El típico varón cuyo mayor placer consiste en despejar el camino de los obstáculos prácticos de la vida. En cambio ahora a ella le había tocado el papel de protectora, era a él a quien había que evitarle cualquier molestia, a él a quien había que prepararle gotas o caldo de ternera aunque se les estuviese cayendo el mundo encima. La rutina de la habitación del enfermo la desconcertaba y aquella puntual administración de medicamentos se le antojaba tan fútil como un incomprensible rito religioso.

Pese a todo, no faltaban momentos en los que unos cálidos borbotones de lástima conseguían suprimir el instintivo resentimiento que le inspiraba el estado de su marido, en los que, al acariciarse ambos en medio de la densa atmósfera de la postración del enfermo, todavía hallaba ella en sus ojos a la persona que había sido. Pero tales momentos se habían vuelto cada vez más infrecuentes. En ocasiones su rostro demacrado e inexpresivo como el de un extraño, su voz apagada y ronca, su sonrisa de delgados labios, una mera contracción muscular llegaban incluso a darle miedo. Su mano evitaba el contacto con aquella piel húmeda y suave que había perdido la robustez de la salud y se sorprendía a sí misma observándole furtivamente como podría haber observado a un animal exótico. La estremecía advertir que aquél era el hombre al que amaba. A ratos tenía la sensación de que contarle a su marido sus propias tribulaciones habría sido la única vía de escape a sus temores.

Sin embargo, por lo general se juzgaba a sí misma con mayor indulgencia, diciéndose que tal vez había pasado demasiado tiempo sola con él, que se sentiría de otro modo una vez estuviesen de regreso en casa, rodeada de su fuerte y optimista familia. ¡Qué contenta se había puesto cuando los médicos dieron por fin su consentimiento para que él volviese a casa! Naturalmente, sabía lo que significaba aquella decisión. Ambos lo sabían. Significaba que él iba a morir, pero disfrazaron la verdad con esperanzados eufemismos y en ocasiones, en el alborozo de los preparativos, ella llegaba a olvidar el propósito de aquel viaje e incurría en espontáneas alusiones a cualquier plan concebido para el año siguiente.

Por fin llegó el día de la partida. La asaltó un miedo terrible a que nunca consiguieran marcharse, a que de algún modo él le fallase en el último momento, a que los médicos sacaran a relucir alguna de las muchas insidias a las que les tenían acostumbrados. Pero no sucedió nada. Llegaron en coche hasta la estación, instalaron al enfermo en su asiento con una manta sobre las rodillas y ella se apostó junto a la ventana dedicando

gestos de despedida sin atisbo de nostalgia a aquellas amistades que nunca llegaron a gustarle.

Las primeras veinticuatro horas habían transcurrido bien. Él se había animado un poco e incluso le distrajo contemplar por la ventanilla la humareda que desprendía el vagón. Al segundo día empezó a aburrirse y a mostrar su fastidio ante la pertinaz mirada de indiferencia de la pecosa niña del chicle. Ella se vio en la obligación de explicarle a la madre de la niña que su marido estaba muy enfermo y que había que intentar molestarle lo menos posible, declaración esta que fue recibida por la dama con un resentimiento ostensiblemente compartido por el instinto maternal del vagón entero...

Aquella noche el enfermo durmió mal y a la mañana siguiente la fiebre le había subido tanto que no le cupo duda de que se estaba poniendo peor. El día prosiguió con lentitud, marcado por las pequeñas molestias del viaje. Detectaba en las contracciones del extenuado rostro de su marido cada una de las sacudidas y los traqueteos del tren, hasta tal punto que también el cuerpo de ella experimentó agitaciones de empática fatiga. Se daba cuenta de cómo miraban los otros al enfermo, por lo que no dejó de prodigarle atenciones para interponerse entre él y aquellos ojos inquisitivos. La niña pecosa le rondaba como una mosca. Los caramelos y los libros de fotografías que llegó a ofrecerle no consiguieron ahuyentarla: cruzó una pierna sobre la otra y siguió observando imperturbable a su marido. El mozo del tren se detuvo un momento a su paso y profirió vagas propuestas de ayuda, hostigado seguramente por más de un pasajero filantrópico henchido de aquella sensación de «deberíamos hacer algo». A un nervioso individuo con bonete incluso se le escuchó expresar de forma audible su preocupación sobre el posible efecto que todo aquello podría tener sobre la salud de su esposa.

Las horas transcurrían con una cansina falta de actividad. Al atardecer, ella se sentó junto a su marido y él puso su mano sobre las suyas. El roce la sobresaltó. Parecía como si él la estuviese llamando desde muy lejos. Ella le miró impotente, y la sonrisa de él la traspasó como un espasmo físico.

—¿Estás muy cansado? —le preguntó.

—No, no demasiado...

—Pronto estaremos en casa.

—Sí, muy pronto.

—A esta ahora mañana...

Él asintió con la cabeza y ambos se quedaron callados. Cuando lo hubo acostado y ella

misma pudo escabullirse a su propia litera, intentó animarse con la perspectiva de que en menos de veinticuatro horas llegarían a Nueva York. Toda su gente estaría en la estación para recibirla. Imaginaba sus rostros redondos y apacibles despuntando entre la multitud. Tan sólo confiaba en que no le comentasen a su marido de forma demasiado ostensible el espléndido aspecto que tenía y lo pronto que se encontraría repuesto del todo. La empatía bastante más sutil que ella había ido desarrollando a raíz de su prolongado contacto con el sufrimiento la hacía detectar cierta rudeza en la textura de la sensibilidad familiar.

De repente, le pareció que él la llamaba. Apartó las cortinas y aguzó el oído. No, se trataba únicamente de un hombre roncando al otro extremo del vagón. Sus ronquidos sonaban con una consistencia grasienta, como filtrados a través de sebo. Volvió a recostarse e intentó dormir... ¿No le había oído moverse? Se espabiló temblando... El silencio la arredraba más que cualquier otro ruido. Pudiera ser que él no consiguiese hacerse oír... Tal vez estuviera llamándola ahora... ¿Qué le hacía pensar tal cosa? Únicamente se trataba de la habitual tendencia de las mentes exhaustas a aferrarse a la opción más intolerable de entre los muchos presentimientos que las asedian. Sacando la cabeza hacia fuera volvió a escuchar, pero fue incapaz de distinguir la respiración de él de la de los otros pares de pulmones que la rodeaban. Deseaba levantarse para ir a verle, pero sabía que aquel impulso era tan sólo una válvula de escape para su desasosiego. La disuadía además el temor a perturbarle. Sin saber muy bien por qué, la tranquilizaba el movimiento regular de las cortinas del compartimento que él ocupaba. Recordó lo alegremente que él le había deseado buenas noches. La clara imposibilidad de soportar sus temores por más tiempo la llevó a desecharlos mediante un esfuerzo en el que intervino todo su cuerpo exhausto. Se acomodó en su litera y se quedó dormida.

De pronto se sentó, rígida, contemplando sin pestañear el amanecer. El tren atravesaba raudo una región de desarboladas lomas apiñadas contra un cielo apagado. Parecía el primer día de la Creación. El aire en el vagón estaba tan cargado que decidió abatir su ventana para que entrase el vientecillo cortante. Miró el reloj: eran las siete, y pronto la gente de alrededor comenzaría a despertarse. Se puso ropa limpia, se arregló un poco el cabello desgreñado y entró en el cuarto de aseo. Una vez se hubo lavado la cara y ajustado el vestido se sintió más animada. Le costaba un enorme esfuerzo no estar contenta por las mañanas. El ardor de sus mejillas contra la toalla áspera le producía placer, y el húmedo cabello en torno a sus sienes se le erizaba obstinadamente hacia arriba. Cada centímetro de su ser rebosaba vida y elasticidad. ¡Y en diez horas estarían en casa!

Se dirigió hacia la litera de su marido: era hora de que tomase su vaso de leche de la mañana. La persiana estaba bajada y en la encortinada penumbra tan sólo alcanzó a verle recostado de lado, con la cara vuelta del lado opuesto a ella. Se apoyó un poco en él para levantar la persiana. Al hacerlo rozó una de sus manos. Estaba fría... Se acercó más, poniéndole la mano en el brazo y llamándole por su nombre. No se movía. Le

habló en voz más alta. Le agarró del hombro y lo sacudió con suavidad. Él seguía sin moverse. Volvió a cogerle la mano, que se deslizó inerte de entre las suyas, como algo muerto. ¿Algo muerto? Contuvo el aliento. Tenía que verle la cara. Echó el cuerpo hacia delante, por encima del suyo, y con un movimiento perentorio y crispado, consciente de la asqueada aversión de su carne, puso sus manos sobre los hombros de su marido y lo giró. La cabeza del enfermo cayó hacia atrás dejando ver su rostro pequeño y suave. Sus ojos estaban fijos en ella.

Permaneció un buen rato sin moverse, sosteniéndole de aquella manera. Se miraban el uno al otro. De repente, retrocedió estremecida: casi se apoderó de ella el deseo de gritar, de avisar a alguien, de huir de él. Pero la contuvo una mano firme. ¡Cielo santo! Si llegaba a saberse que había muerto, les harían bajar del tren en la estación siguiente...

En un aterrador lapso retrospectivo le vino a la memoria una escena de la que había sido testigo en cierta ocasión en que se encontraba de viaje, cuando un matrimonio cuyo hijo había fallecido en el tren se había visto obligado a apearse sin más en una estación al azar. Los había visto de pie en el andén con el cuerpo del niño entre ambos. Nunca había podido olvidar la mirada de desolación con la que siguieron el movimiento del tren que se alejaba. Y eso mismo iba a sucederle a ella. En el transcurso de una hora podía encontrarse en el andén de alguna estación extraña, sola con el cuerpo de su marido. ¡Cualquier cosa menos eso! Era demasiado espantoso... Empezó a temblar como una criatura acorralada.

Mientras estaba allí, presa del pavor, sintió que el tren se movía más lentamente. Iba a suceder después de todo... ¡Se estaban acercando a una estación! Volvió a ver a la pareja inmóvil en aquel andén solitario y, con un gesto brusco, echó de nuevo la persiana para ocultar el rostro de su marido.

Mareada, se sentó al borde de la litera sin rozar el cuerpo estirado de él y corrió bien las cortinas, de modo que ambos quedaron encerrados en una especie de penumbra sepulcral. Intentó pensar. Debía ocultar a toda costa el hecho de que él estaba muerto. Pero ¿cómo? Su mente se negaba a actuar, no era capaz de planear nada ni de coordinar. No se le ocurría otra cosa que no fuera permanecer allí sentada, agarrando las cortinas todo el día...

Escuchó al mozo hacer su cama. La gente empezaba a moverse por el vagón. La puerta del cuarto de aseo no paraba de abrirse y cerrarse. Intentó incorporarse. Por fin, con un esfuerzo supremo, consiguió ponerse en pie y salir al pasillo del vagón echando las cortinas tras ella. Advirtió que éstas se separaban un poco con los movimientos del vagón y las sujetó firmemente con un alfiler que encontró en su vestido. Ahora estaba a salvo. Miró alrededor y divisó al mozo. Le pareció que la observaba.

—¿Su marido no se ha despertado todavía?

—No... —balbució ella.

—Ya tengo lista su leche, para cuando la quiera. Como me dijo que se la tuviese preparada para las siete...

Ella asintió con la cabeza y se dirigió hacia su asiento.

El tren llegó a Búfalo a las ocho y media. Para entonces los pasajeros estaban ya vestidos y las literas replegadas para el día. El mozo, yendo de arriba abajo con el montón de sábanas y almohadas, la miró fijamente al pasar por su lado. Al cabo de un momento, le dijo:

—¿No va a levantarse su marido? Sabe que tenemos instrucciones de recoger las literas lo antes posible.

Ella se volvió hacia él, helada de miedo. Justo estaban entrando en la estación.

—¡Oh, todavía no! —dijo con voz trémula—. No hasta que se haya tomado la leche. ¿Haría usted el favor de traerla?

—De acuerdo. En cuanto arranquemos de nuevo.

Cuando el tren se puso otra vez en marcha el hombre reapareció con la leche. Ella la cogió y se quedó sentada contemplándola como ausente durante un rato. Su cerebro se desplazaba con lentitud de una idea a otra, como si fuesen piedras de paso demasiado distantes entre sí enclavadas sobre un arroyo tempestuoso. Al cabo de un rato se percató de que el mozo continuaba mirándola expectante.

—¿Quiere que se la dé yo? —sugirió.

—¡Oh, no! Todavía está dormido..., creo...

Esperó hasta que se fue el mozo, luego desprendió el alfiler de las cortinas y se deslizó tras ellas. En la semioscuridad, el rostro de su marido la observaba fijamente como una máscara de mármol con ojos de ágata. Su mirada era terrible. Le colocó la mano encima y le cerró los párpados. De repente se acordó del vaso de leche que sostenía en la otra mano... ¿Qué iba a hacer con él? Pensó en abrir la ventana y arrojarlo al exterior, pero para hacerlo tendría que apoyarse en el cuerpo de él y acercar su cara a la suya. Resolvió tomarse ella la leche.

Volvió a su asiento con el vaso vacío y, al cabo de un rato, el mozo vino a recogerse.

—¿Cuándo podré plegarle la cama?

—¡Oh!, todavía no, está muy delicado... ¿No puede usted dejar que se quede como está? Los médicos quieren que pase acostado el mayor tiempo posible.

El otro se rascó la cabeza:

—Bueno, si está realmente tan enfermo...

Cogió el vaso vacío y se marchó, explicándoles a los pasajeros que la persona que se encontraba tras las cortinas estaba demasiado enferma como para levantarse tan temprano.

Ella se sintió de pronto centro de múltiples miradas de simpatía. Una mujer de aspecto maternal con una solícita sonrisa se sentó a su lado.

—¡Cómo lamento enterarme de que su marido está enfermo...! Mi propia familia ha padecido gran cantidad de enfermedades y tal vez pueda serle de ayuda. ¿Podría verle un momento?

—Oh, no, no... Gracias. No se le debe molestar.

La dama aceptó con indulgencia la negativa.

—Claro, debe ser como usted dice, naturalmente, pero no me da la impresión de que sea usted una persona con demasiada experiencia con la enfermedad, y me habría encantado poder ayudarla. ¿Qué suele hacer cuando su marido se pone así de mal?

—Yo..., le dejo dormir.

—Tampoco es conveniente que duerma demasiado. ¿No le da ningún medicamento?

—Sí..., sí.

—¿No le despierta usted para dárselo?

—Sí.

—¿Cuándo le toca la siguiente dosis?

—No hasta dentro... de dos horas.

La señora pareció decepcionada.

—Bueno, si yo fuese usted intentaría dársela más a menudo. Es lo que hago yo con los míos.

Tras aquel comentario le dio la sensación de que una gran cantidad de rostros la presionaba. Los pasajeros se disponían a pasar al vagón comedor, y ella notó que al cruzar por el pasillo observaban con curiosidad las cortinas cerradas. Un hombre de cara larguirucha y ojos saltones se quedó parado delante e intentó que su mirada prominente se colase a través de la separación que quedaba entre los visillos. La niña pecosa, que volvía de desayunar, abordaba a cuantos pasaban por su lado agarrándolos con sus manos pringosas y susurrando por lo bajo: «Está enfermo». En un momento dado apareció el revisor pidiendo los tickets. Ella se encogió en su rincón y se puso a mirar a través de la ventana los raudos árboles y las casas, abstrusos jeroglíficos de un papiro que nunca terminaba de desplegarse.

De vez en cuando el tren se detenía y los recién llegados se quedaban mirando por turnos las cortinas cerradas. Le parecía que no paraba de pasar gente... Sus caras empezaban a adoptar formas fantásticas entremezcladas con las imágenes que surgían de su cerebro...

Avanzado el día, un hombre grueso apareció entre la bruma de rostros. De su estómago surgían sendos michelines y sus labios eran delicados y pálidos. Cuando logró encajarse en el asiento frente al suyo, ella vio que iba vestido con fino paño negro y que llevaba una corbata blanca llena de manchas.

—El marido anda malucho esta mañana, ¿no?

—Sí.

—Vaya, vaya. Eso es bastante preocupante, ¿verdad? —Una sonrisa apostólica dejó al descubierto su dentadura de oro.

—Seguro que ya sabe que no existe la enfermedad como tal. Un pensamiento bonito, ¿no es cierto? Incluso la muerte no es otra cosa que una ilusión de nuestros sentidos más básicos. Sólo hay que permanecer abierto al influjo del espíritu, dejarse llevar dócilmente por la acción de la fuerza divina, y la enfermedad y la disolución dejarán de existir para uno. Si pudiese usted conseguir que su marido leyese este pequeño panfleto...

De nuevo los rostros de cuantos la rodeaban se volvieron indistinguibles. Vagamente creyó haber escuchado a la señora maternal y a la progenitora de la niña pecosa discutiendo sobre las relativas ventajas de probar varias medicinas a la vez o de tomarlas por turnos. La señora maternal sostenía que el sistema competitivo ahorrraba tiempo, mientras que la otra argumentaba que de ese modo no podía saberse a qué remedio atribuir la curación. Sus voces no paraban nunca, como boyas de campana



resonando tras un banco de niebla. El mozo reaparecía de vez en cuando con preguntas que ella no comprendía, pero que de algún modo debió responder porque el hombre se marchó sin tener que repetírselas. Cada dos horas la señora maternal le recordaba que su marido debía de tomar las gotas. Unos abandonaban el vagón y otros los reemplazaban...

La cabeza le daba vueltas, y trató de despejarse apresando sus pensamientos a medida que éstos desfilaban por su mente, pero se le escapaban como los matorrales al borde del escarpado precipicio por el que le parecía estar despeñándose. De pronto, su cerebro volvió a despejarse y se encontró a sí misma imaginando claramente lo que sucedería una vez el tren llegase a Nueva York. Se estremeció al pensar en lo frío que él debía de estar y en que alguien podría darse cuenta de que llevaba muerto desde por la mañana.

Se puso a pensar a toda prisa. «Si ven que no me sorprende sospecharán algo. Me harán preguntas y no me creerán si les digo la verdad... ¡Nadie me creería! Será terrible...» Y se repetía a sí misma: «Tengo que fingir que no sé nada. Tengo que fingir que no sé nada. Cuando abran las cortinas me acercaré a él con naturalidad... y entonces daré un grito...». Le dio la sensación de que sería muy difícil fingir aquel grito.

Gradualmente se le fueron acumulando nuevos pensamientos, vividos y acuciantes. Intentaba separarlos y controlarlos, pero la acorralaban con éxito por todas partes, como sus alumnos de la escuela al final de un día caluroso, cuando ella se sentía demasiado cansada para hacerlos callar. En su cabeza reinó una creciente confusión y sintió un enfermizo temor a olvidar el papel que debía desempeñar, a delatarse mediante una palabra o una mirada no previstas. «Tengo que fingir que no sé nada», continuó murmurando. Aquellas palabras habían perdido todo su significado, pero las repetía mecánicamente, como si fuesen una fórmula mágica, hasta que de repente se escuchó a sí misma diciendo: «¡No me acuerdo, no me acuerdo!».

Su voz sonó muy alta y miró aterrada en derredor, pero nadie pareció percatarse de que había hablado. Al echar un vistazo al pasillo permaneció con la vista clavada en las cortinas de la litera de su marido y se quedó examinando el monótono arabesco entretejido en sus pesados pliegues. El dibujo era intrincado y difícil de trazar. Observó fijamente las cortinas y, al hacerlo, la gruesa tela acabó por volverse transparente y vio a través de ella el rostro de su marido..., su rostro muerto.

Se esforzó en desviar la mirada, pero sus ojos se negaban a moverse y parecía que tuviese atornillada la cabeza. Al final, con un impulso que la dejó debilitada y temblorosa, apartó la vista. Pero fue inútil: ante ella, pequeño y delicado, seguía estando el rostro de su marido. Parecía suspendido entre ella y la mujer de trenzas postizas sentada enfrente. Mediante un gesto incontrolable estiró la mano para apartar el rostro e, inesperadamente, percibió el contacto de su piel suave. Reprimió

un grito y a punto estuvo de saltar de su asiento. La mujer de las trenzas postizas miró en derredor y ella, creyendo que de algún modo debía justificar aquel movimiento, se levantó para coger su bolso de viaje del asiento de enfrente. Abrió el bolso y miró dentro, pero el primer objeto que encontró fue una petaca de su marido echada allí en el último momento, con las prisas del viaje. Ajustó el cierre del bolso y entornó los ojos. Allí estaba otra vez la cara de él, suspendida entre sus pupilas y sus párpados como una máscara de cera contra un cortinaje rojo...

Se incorporó con un escalofrío. ¿Se había desmayado o se había quedado dormida? Parecía que hubiesen transcurrido horas, pero todavía no había empezado siquiera a oscurecer y la gente que la rodeaba seguía allí sentada, en la misma actitud que antes.

Una repentina sensación de hambre la hizo caer en la cuenta de que no había probado bocado desde la mañana. Pensar en comida le produjo asco, pero temía que volviesen los mareos. Recordó que tenía galletas en el bolso, sacó una y se la comió. Se atragantó con las migas reseca y se apresuró a tomar un poco de brandy de la petaca de su marido. La quemazón de su garganta actuó como un bálsamo, aliviando momentáneamente la persistente tensión de sus nervios. La embargó a continuación un agradable calor, como si la abanicase un aire suave. Los apremiantes temores amainaron un poco, retrocediendo tras la quietud que la envolvía, una quietud reparadora como la dilatada calma de un día de verano. Se quedó dormida. En sueños sintió la impetuosa marcha del tren. Parecía que fuese la propia vida la que la arrastrara con vehemencia y con una fuerza inexorable, arrojándola hacia la oscuridad y el terror, hacia el pavor de unos días desconocidos... De repente, todo estaba en paz..., ni un sonido, ni una pulsación... Ella estaba a su vez muerta y yacía junto a él con rostro sosegado y mirando hacia lo alto. ¡Qué tranquilo estaba todo!... Y pese a ello, podía escuchar ruido de pasos acercándose, los pasos de los hombres que iban a llevárselos a ambos. También podía sentir... Sintió una vibración súbita y prolongada, una serie de bruscos balanceos y de nuevo otra inmersión en la oscuridad, la oscuridad de la muerte esta vez... Un negro torbellino en el que los dos daban vueltas como hojas, en frenéticas espirales sin fin, entre millones y millones de muertos...

Dio un brinco, presa del pánico. Su sueño debió de haber durado bastante, porque se había apagado el día de invierno y se habían encendido las luces. El vagón se encontraba sumido en el caos y cuando ella se hubo recompuesto un poco vio que los pasajeros estaban recogiendo sus paquetes y bolsos de viaje. La mujer de las trenzas postizas había traído del cuarto de aseo una lánguida hiedra plantada en una botella y el científico cristiano se estaba remangando los puños de la camisa. El mozo del tren recorría el pasillo con su imparcial cepillo de barrer. Una figura impersonal tocada con una gorra de franja dorada le estaba pidiendo el billete de su marido. Una voz gritaba: «¡Equipaje exprés!», y se escuchaba el sonido metálico que producían los pasajeros al entregar sus pertenencias.

En aquel preciso instante, un enorme muro lleno de hollín bloqueó su ventana y el tren

se adentró en el túnel de Harlem. El viaje tocaba a su fin, en unos minutos divisaría a su familia abriéndose paso alborozada entre el gentío de la estación. Su corazón se relajó. Había pasado el peor de sus terrores...

—Mejor que le levantemos ya, ¿no? —preguntó el mozo, tocándole en el brazo.

Llevaba en la mano el sombrero de su marido y le daba vueltas bajo el cepillo en actitud meditativa.

Ella miró el sombrero e intentó decir algo, pero de repente el vagón se quedó a oscuras. Levantó los brazos, intentando agarrarse a algo, y cayó boca abajo, golpeándose la cabeza contra la litera del muerto.